

**BREVE HISTORIA
DE LA
CORONA DE ARAGÓN**

David González Ruiz



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Corona de Aragón*
Autor: © David González Ruiz

Copyright de la presente edición: © 2023 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Diseño y realización de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Imagen de portada: *Pinturas murales de la conquista de Mallorca*, Maestro de la conquista de Mallorca, 1285-1290. Descubiertas y arrancadas en el año 1961, estas pinturas son uno de los ejemplos más relevantes de la pintura catalana del primer gótico o gótico lineal. Este magnífico ejemplo de pintura de temática histórica narra la conquista de la isla de Mallorca por Jaime I el Conquistador, acaecida en el año 1229. Como si de una crónica pintada se tratara, los episodios siguen la narración detallada en las crónicas medievales catalanas como el *Llibre dels Feits* del rey Jaime I y la *Crònica* de Bernat Desclot. (Museo Nacional d'Art de Catalunya).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-1305-401-8
Fecha de edición: Octubre 2023

Impreso en España
Imprime: Podiprint
Depósito legal: M-26555-2023

*Para Irene, Anna, Xevi y mis padres.
A ellos les debo todo lo que soy.*

Índice

Capítulo 1. Introducción	13
Capítulo 2. Antecedentes (778-1134)	19
La formación de la Marca Hispánica	19
El Condado de Aragón: de la intervención carolingia a la influencia pamplonesa	56
El Reino de Aragón: de Sancho III el Mayor a Alfonso I el Batallador	64
El proceso de feudalización.....	80
Cronología	91
Capítulo 3. Los primeros tiempos (1134-1213)	95
Sucesión del rey de Aragón Alfonso I el Batallador	95
Esponsales entre Petronila y Ramón Berenguer IV	100



DAVID GONZÁLEZ RUIZ

Alfonso II el Casto, primer rey de la Corona de Aragón.....	111
Relaciones con la Corona de Castilla	118
Los cátaros y el genocidio occitano	120
La batalla de Muret y La muerte del rey Pedro II.....	128
Cronología	135
Capítulo 4. Jaime I: el período de las grandes conquistas (1213-1276).....	137
El nacimiento milagroso y una dura infancia ..	137
La conquista de Mallorca.....	148
La conquista de Valencia.....	154
Los sucesos de Murcia	163
El Tratado de Corbeil. La independencia definitiva del rey franco	166
La cruzada a Tierra Santa.....	169
Problemas familiares, testamento y muerte	172
Cronología	179
Capítulo 5. La creación de un imperio mediterráneo (1276-1327)	181
Pedro III el Grande y la intervención de Sicilia	181
La plenitud de la Corona de Aragón: los reinados de Alfonso III el Liberal y Jaime II el Justo	186
Los almogávares y la presencia catalano-aragonesa en Grecia.....	208
Evolución social y económica durante la expansión.....	218
Cronología	228
Capítulo 6. Momentos difíciles: la crisis bajomedieval de los siglos XIV y XV	231



Los inicios de la decadencia: los reinados de Alfonso IV el Benigno y Pedro IV el Ceremonioso.....	231
El hambre y la peste negra en el campo y las ciudades.....	252
La indiferencia de Juan I el Cazador	259
La extinción de una dinastía y el Compromiso de Caspe	265
Cronología	276
Capítulo 7. Los cambios dinásticos: de los Trastámara a los Austrias (1412-1516)	279
Fernando de Antequera, el primer Trastámara.	279
Una crónica napolitana. El reinado de Alfonso V el Magnánimo.....	285
Enfrentamiento de Juan II con la oligarquía catalana: la Guerra Civil	300
El «tanto monta» de Fernando II el Católico ..	310
Cronología	332
Capítulo 8. Un mundo inestable: la Corona de Aragón dentro de la monarquía hispánica (1516-1715).....	335
Pactismo frente absolutismo: de Carlos I a Felipe III.....	335
El reinado de Felipe IV. La guerra con Francia y el Tratado de los Pirineos	361
La guerra de Sucesión y los decretos de nueva planta	372
Cronología	387
Bibliografía.....	391

1

Introducción

Al escribir *Breve Historia de la Corona de Aragón* pienso en todos los lectores aragoneses, catalanes, valencianos, mallorquines de este libro y también en aquellos que, próximos o lejanos a este floreciente reino de la Edad Media, quieren descubrir su historia con rigor y amenidad. No cabe duda de que el germen de la polémica les acompañará en muchos pasajes del libro. Pero esta obra, desde la modestia, pretende exponer con argumentos sólidos y demostrables los acontecimientos más importantes de la vida política, social y cultural de la Corona de Aragón. Eso sí, sin evitar el debate que tantos ríos de tinta ha hecho correr pero, a

su vez, rehuyendo discursos ideológicos e ideas tendenciosas.

En primer lugar, fijemos nuestra atención en un elemento de discordia tan importante como ha sido la terminología utilizada para denominar la unión de este conjunto de reinos y territorios bajo la figura de un mismo soberano. Algunos historiadores contemporáneos todavía evitan utilizar la denominación *Corona de Aragón*. Prefieren obviar la realidad y hablan de *Corona catalano-aragonesa* o *Confederación catalano-aragonesa*, una invención que no tiene ningún tipo de base histórica y que tergiversa intencionadamente los hechos para servir a sus intereses partidistas. He de advertir al lector, no obstante, que en algunos pasajes de la obra utilizo la expresión *catalano-aragoneses* pero no aludiendo a una figura jurídico-política sino refiriéndome a la procedencia de los protagonistas de los hechos.

Como veremos en capítulos venideros, el término *Corona de Aragón* se utilizó para designar la forma política aparecida en 1137, después del matrimonio entre la joven Petronila de Aragón y el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. Esta unión fue meramente dinástica y ambos territorios conservaron sus leyes y costumbres. Sin embargo, entre los siglos XII y XIV, la expresión más habitual en la documentación para referirse al nuevo estado fue siempre *Casal de Aragón*.

Durante el reinado de Jaime I el Conquistador (1213-1276), con la expansión hacia el sur y el Mediterráneo se añadieron los

reinos de Valencia y Mallorca con sus fueros propios. Entonces, se acuñaron expresiones como *Corona Aragonum et Catalonie* ('Corona de Aragón y Cataluña'), aparecida en el *Privilegio de anexión de Mallorca a la Corona* en 1286. Pero no será hasta el reinado de Jaime II el Justo, a finales del siglo XIII, que se designarán las posesiones del rey como *Corona regni Aragonum* ('Corona del reino de Aragón'), *Corona Regum Aragoniae* ('Corona de los Reyes de Aragón') o *Corona Aragonum* ('Corona de Aragón'). Siempre anteponiendo el título del reino por delante del condado, tal y como afirma Pedro el Ceremonioso a mediados del siglo XIV: «regne Darago lo qual regne es titol e nom nostre principal» ('el reino de Aragón el cual es nuestro título y nombre principal').

Otro elemento de discrepancia entre los historiadores son los ordinales utilizados para designar a los monarcas de la Corona de Aragón, que varían en función del territorio al que se hace referencia. Por ejemplo, si nos referimos a Alfonso el Magnánimo, sería Alfonso V si tenemos en cuenta los reyes aragoneses anteriores a la unión dinástica de 1137. Pero la historiografía moderna catalana ha simplificado la nomenclatura adaptándola al título de los condes de Barcelona, siendo para ellos Alfonso IV. Lo mismo ocurre cuando la Corona de Aragón se integra dentro de la monarquía hispánica de los Austrias. Entonces, la numeración castellana discrepa de la seguida por los reyes de la Corona de Aragón y Felipe II (1556-1598) se convierte en Felipe I de Aragón.



Rollo de Pobleit. Manuscrito sobre pergamino. A la izquierda aparece el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV; a la derecha Petronila de Aragón; y abajo, Alfonso II de Aragón. Petronila aparece con corona, manto, cetro y pomo, atributos de la realeza. Ramón Berenguer, con anillo que simboliza el enlace. Fuente: Ernest Belenguer y Felipe Vicente Garin (eds. lits.), *La Corona de Aragón, siglos XII-XVIII*. Madrid: Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2006.

Esta es una cuestión abierta que despierta acalorados debates entre los especialistas. Ante la dualidad de criterios y buscando una solución de consenso, algunos historiadores han apostado por prescindir del ordinal, mencionando al rey sólo por su nombre y sobrenombre. Sin embargo, este procedimiento no me parece el adecuado y, con el ánimo de no confundir al lector, en el presente libro adoptaré la numeración de los reyes de Aragón hasta Fernando II el Católico y la del Reino de Castilla para toda la dinastía de los Austrias, la más habitualmente usada por los historiadores.

En lo que se refiere a la cronología, la Corona de Aragón inició su andadura con la unión dinástica entre el reino de Aragón y el condado de Barcelona, tal y como hemos señalado antes. Pero su historia se extiende hasta los Decretos de Nueva Planta dictados por Felipe V entre 1707 y 1716. Para entender mejor la génesis de la Corona de Aragón, el siguiente capítulo del libro está dedicado a descubrir sus antecedentes, prestando especial atención a la formación de la Marca Hispánica y el Condado de Aragón.

Otros sugestivos temas ampliamente analizados son el conflicto del catarismo en el sur de Francia, los detalles de la conquista de Mallorca y Valencia en tiempos de Jaime I el Conquistador, la creación de un imperio en el Mediterráneo occidental, la crisis bajomedieval y el fin de la dinastía iniciada por el conde Wifredo el Velloso. Además de vislumbrar cómo la familia castellana de los Trastámara llegó al trono de la Corona de Aragón en 1412,

aumentando el distanciamiento que existía entre las instituciones y el rey.

Asimismo, también aclararemos por qué el enlace de los Reyes Católicos en 1469 supuso una unión dinástica pero no territorial. Cómo en tiempo de los Austrias, Castilla y la Corona de Aragón conservaron su propia organización política, sus costumbres y sus leyes. Para acabar haciendo especial hincapié en la llegada de los Borbones, tras la Guerra de Sucesión, que liquidó aquella monarquía hispánica plurinacional.

En pocas palabras, *Breve Historia de la Corona de Aragón* aspira a ser una síntesis actual, amena y objetiva de una época apasionante. Una historia que a menudo se ha visto invadida por multitud de tópicos tendenciosos, demasiado arraigados en el imaginario colectivo. Por delante queda pues la ardua labor de explicar con rigor las claves de este período de una forma tan rigurosa como interesante. Afronto esta responsabilidad con ilusión, esperando despertar en el lector el interés por un período no tan lejano de nuestra historia. Por último, no puedo acabar estas líneas sin mostrar mi más sincero agradecimiento y admiración a José Luis Ibáñez Salas, por estimularme con sus exigentes comentarios y darme la oportunidad de cumplir otro sueño.

2

Antecedentes (778-1134)

LA FORMACIÓN DE LA MARCA HISPÁNICA

Para entender los orígenes de la Marca Hispánica tenemos que remontarnos a la conquista musulmana de la península ibérica, cuando un ejército liderado por el general bereber Tariq Ibn Ziyad desembarcó en las costas de la actual Gibraltar, en abril del 711. El entonces rey visigodo Rodrigo acudió al encuentro de los invasores, debilitado por las rencillas nobiliarias, más pendientes de satisfacer sus ansias de poder que del peligro inminente que les acechaba. La batalla de Guadalete, en julio de ese mismo año, acabó con la vida del rey

Rodrigo y abrió al islam las puertas del reino visigodo.

La aplastante derrota supuso un duro golpe a la moral visigoda y finiquitó cualquier atisbo de resistencia, mostrando, una vez más, la poca cohesión de la nobleza autóctona, que ante el avance sarraceno prefirió mayoritariamente la capitulación en condiciones favorables frente a la resistencia armada.

Mientras tanto, en el bando musulmán, el gobernador del norte de África Musa ibn Nusair decidió liderar la ofensiva militar, celoso de los éxitos de su general Tariq Ibn Ziyad. Por ello, en el 712, un poderoso ejército de dieciocho mil soldados, en su mayoría árabes, desembarcó en lo que hoy es la gaditana Algeciras, rumbo a las principales ciudades visigodas, entrando primero en Sevilla, luego en Mérida y después en Toledo. El embate musulmán encontró focos de fuerte resistencia en zonas del nordeste peninsular y ciudades del actual litoral catalán como Barcelona, Mataró o Ampurias, que aguantaron el pulso islamita hasta las campañas del valí Al-Hurr durante los años 717-718. La antigua provincia romana de Hispania se había convertido en al-Ándalus.

La virulencia de los ataques musulmanes continuó más allá de los Pirineos con la ocupación de Narbona en el 720 y la sumisión de la Septimania, llegando a dominar todo el sur de la Galia hacia el 725. Esta expansión se vio repentinamente frenada, en el 732, por la derrota en la batalla de Poitiers a manos de los francos dirigidos por su rey Carlos Martel.

Tras este decisivo episodio bélico, se escondían las fuertes tensiones por el liderazgo en el bando islámico que contrastaban con la unidad del reino franco alrededor de la dinastía Carolingia. Pero la situación cambió en el 755, cuando Abd al-Rahman, último superviviente de los califas de Damasco, cruzó el estrecho y desembarcó en las costas de la actual Málaga. Su familia había sido brutalmente asesinada y las tumbas de sus antepasados profanadas por el clan rival de los hachemitas. La venganza de Abd al Rahman se consumó al imponer su autoridad sobre las élites sirias de al-Ándalus y, al año siguiente, proclamar el emirato independiente de Córdoba, rompiendo sus vínculos con los nuevos califas de Bagdad.

Nacía así una nueva etapa política para al-Ándalus, pero no todos los líderes musulmanes estaban dispuestos a olvidar antiguas rivalidades políticas y renunciar a sus intereses. Uno de los insurrectos fue Sulaymán al-Arabi, valí de Barcelona, que ofreció a los francos la sumisión de las plazas que gobernaba a cambio de su apoyo militar. El todopoderoso rey franco Carlos I el Grande, más conocido como Carlomagno, aceptó la oferta y en el 778 partió con un ejército hacia la ciudad de Saraqusta, actual Zaragoza, un punto geoestratégico clave en el nordeste peninsular.

La negativa del gobernador Hussayn al-Ansarí a rendir la ciudad y un asedio fallido propiciaron la retirada franca que culminó con la derrota en la batalla de Roncesvalles a manos de los vascones. El cantar de gesta *La*





Óleo sobre tela de
La batalla de Poitiers, obra
del pintor francés Charles de
Steuben. Pintado entre 1834
y 1837, actualmente se
conserva en el Museo del
Castillo de Versalles, en
Francia. La derrota de Poitiers
obligó a los musulmanes
a centrarse en sus dominios
peninsulares y los francos
tomaron conciencia real
del peligro que suponía
la voluntad expansionista
musulmana.

Chanson de Roland relata de forma legendaria y poética lo acontecido en el Pirineo navarro el 15 de agosto del 778, cuando murieron algunos de los mejores caballeros de Carlomagno, entre ellos el prefecto de la marca de Bretaña, un tal Hruodlandus o Rodlando, héroe de la *Chanson*.

Tras el descalabro de Roncesvalles, multitud de familias hispanogodas que habían mantenido una actitud hostil ante la ocupación musulmana decidieron huir hacia la Galia. Las fuentes francas se refieren a ellos como *hispani* y el rey Carlomagno los acogió ofreciéndoles tierras y desgravaciones fiscales a cambio de sus servicios militares. Los *hispani* siempre mantuvieron el ánimo de volver a sus tierras natales y participaron en las futuras expediciones carolingias contra *Al-Targ al-Ala*, la frontera o Marca Superior situada al nordeste de al-Ándalus.

Una muestra más de la frágil dominación musulmana en el nordeste peninsular fue la rendición de la ciudad de Gerona a Carlomagno por las élites locales gobernantes, en el 785. A ella la siguieron los territorios circundantes como Besalú, Vallespir, Peralada o Ampurias, desencadenando un proceso de incorporaciones progresivas al que en el 789 se añadirían Urgel, Cerdaña, Ribagorza y Pallars, organizados en condados supeditados a la autoridad carolingia.

La reacción islámica no se hizo esperar y, en el 793, una expedición encabezada por el general Abd al-Malik fracasó en la conquista de Gerona pero arrasó con toda impunidad

la Septimania, sembrando el terror entre la población autóctona y reuniendo un botín considerable al retirarse, antes de la llegada del invierno. La incursión de Abd al-Malik dejó al descubierto, por un lado, la fragilidad y desorganización defensiva de la frontera y, por otro, la insuficiencia de las plazas de Urgel y Gerona para garantizar la seguridad del reino franco ante la amenaza musulmana.

Pero en junio del 796 la muerte sorprendió al entonces emir de Córdoba Hisham I. Su última voluntad dejaba como sucesor a un joven e inexperto Al-Hakam I, decisión que revitalizó antiguas rencillas familiares. La reacción carolingia no se hizo esperar, y Carlomagno aprovechó el estado de confusión en el bando musulmán para lanzar una nueva ofensiva sobre la frontera pirenaica en el 798. Animado por los buenos resultados, el monarca franco ordenó a su hijo Luis I el Piadoso la conquista y definitiva incorporación al dominio carolingio de la ciudad de Barcelona, el 3 de abril del 801, tras siete meses de duro asedio. Este glorioso episodio fue relatado por el monje aquitano Ermoldo el Negro, entre el 826 y el 828, con estas palabras:

[...] Finalizaba el segundo mes cuando el rey con sus tropas francas afrontan el ataque definitivo. Las máquinas multiplican sus golpes, las murallas son atacadas por todos los frentes; la furia de la batalla se multiplica cada vez más. Las flechas caen como lluvia sobre la ciudad.

Los moros, asustados, no gozan subir a las murallas ni se preocupan de vigilar al enemigo. Agotados por la lucha y las privaciones, deciden rendirse. Abren las puertas de la ciudad; la ciudad ha caído en poder del rey franco. Los francos entran en la ciudad deseada. Al día siguiente, día de fiesta, el rey Luis entraba triunfalmente en la ciudad y cumplía los deberes con Dios: purificó el templo donde los moros sacrificaron al Diablo y dio gracias a Dios.

Consolidada la conquista, entre el 804 y el 807, Luis el Piadoso siguió avanzando hacia el bajo Ebro, y cruzó el campo de Tarragona en dirección a Tortosa, pero el emir Al-Hakam respondió enviando un ejército que obligó a los francos a batirse en retirada.

Pese a la gran inestabilidad política de la frontera pirenaica, la conquista de Barcelona permitió afianzar bajo dominio franco un territorio al nordeste peninsular delimitado geográficamente por los ríos Llobregat, Segre y Cardener. Esta tierra de frontera con los musulmanes fue bautizada por los textos coetáneos con el nombre de *Marca Hispánica* y encajaba dentro de la política geoestratégica que los monarcas carolingios habían aplicado en otras regiones fronterizas de su imperio como las Marcas de Bretaña, al noroeste de Francia, o de Friuli, en la zona nororiental de la actual Italia, entre otras.

Organización de los condados y nacimiento de la dinastía nacional

La *Marca Hispánica* era una entidad geográfica, política y militar en la zona fronteriza del sureste pirenaico bajo el dominio franco. Ahora bien, aunque la expresión Marca Hispánica nunca fue utilizada por los documentos oficiales carolingios, ni tampoco existió el cargo oficial de marqués o duque de la Marca, el caso es que los cronistas coetáneos a los hechos, movidos por la necesidad de denominar de alguna forma la zona liberada de la ocupación musulmana, utilizaron fórmulas como *Marca Meridional*, *Marca de Gotia* o, a partir del 821, *Marca Hispánica*.

La falta de un nombre concreto para denominar la nueva entidad, que con el tiempo se convertirá en la actual Cataluña, favoreció el uso de la designación geográfica de Marca Hispánica. Pero no deja de ser un cultismo de uso limitado que no llegó a arraigar ni en la Cancelería Real, el órgano administrativo de los futuros reyes de la Corona de Aragón, ni en las clases más populares.

Al parecer, la carencia de otra locución geográfica hizo que fuera adoptada por eruditos posteriores e historiadores modernos para designar esta porción de la península ibérica que había adquirido una personalidad propia. Sea como fuere, los habitantes de sus tierras se sentían hispanos o hispanogodos y las relaciones entre la población indígena a ambos lados de la frontera debió de ser fluida.

A efectos administrativos, la Marca Hispánica estaba bajo la autoridad directa del rey franco Carlomagno, emperador a partir del 800, y de sus sucesores. Pero en la práctica, la imposibilidad de atender todos los asuntos del imperio obligaba al monarca a delegar el poder en personas de confianza que gobernaban en su nombre: los condes.

Tras ser elegidos directamente por el monarca, los diferentes condes de la Marca Hispánica ejercieron de representantes de la autoridad franca, dirigiendo los asuntos administrativos, recaudando impuestos, garantizando el orden público y aplicando la administración de justicia. La función de conde teóricamente era una investidura estrictamente personal, pero el paso del tiempo favoreció la creación de dinastías familiares que arraigaron en el cargo y en el territorio.

En la mayoría de los casos, la aristocracia franca ocupó los principales cargos en los condados de la Marca Hispánica como un medio de progresión económica y social. Aunque también, a causa de sus constantes traiciones y revueltas, existieron notables excepciones en favor de la nobleza autóctona como Bera, primer conde de Barcelona (801-820) e hijo de Guillermo, conde de Tolosa; o Sunifredo, descendiente del legendario conde Bellón I de Carcasona y padre del futuro Wifredo el Velloso.

Si bien inicialmente, en tiempos de Carlomagno, cada condado de la Marca Hispánica estaba gobernado por un conde, las circunstancias políticas favorecieron rápidamente

un cambio de tendencia con la acumulación de cargos en unas pocas familias aristocráticas, debido a: los ataques musulmanes a la frontera, la rebelión de sectores descontentos de la nobleza indígena, como el magnate hispanogodo Aizón en el 826 y el 827, o la participación de los condes de la Marca en las luchas dinásticas del propio Imperio carolingio.

Un arquetipo ilustrativo de las constantes interferencias de la nobleza franca en los problemas de la dinastía Carolingia fue Bernardo de Septimania, conde de Barcelona en dos ocasiones. Este despótico personaje era un confabulador nato y cambiaba de bando a su conveniencia, unas veces apoyando al rey franco contra los musulmanes o las revueltas de la nobleza local, y otras, posicionándose al lado de los bandos aristocráticos en contra de la autoridad real.

Cuando en el 840 murió Luis el Piadoso se abrió una lucha fratricida entre sus hijos por el reparto del Imperio carolingio. Tres años después, el Tratado de Verdún confirmó los derechos de Carlos II el Calvo sobre las regiones meridionales obteniendo el reconocimiento de la mayoría de los condes de la Marca Hispánica. La primera acción de Carlos II el Calvo fue un golpe de autoridad contundente, apresó al noble rebelde Bernardo de Septimania y ordenó decapitarlo ante las murallas de Tolosa en el 844.

Por su parte, la aristocracia franca, ávida de poder, seguía utilizando sus cargos como un instrumento de poder e incumpliendo, por

tanto, sus obligaciones como representantes de la autoridad del rey en la zona fronteriza. Por ello, como ya hiciera Luis I el Piadoso, Carlos II el Calvo premió la lealtad de magnates indígenas tal que hizo con Sunifredo, hijo de Bellón, conde de Carcasona, nombrándole conde de Barcelona, Osona, Besalú, Gerona, Narbona, Agde, Béziers, Lodève y Nimes.

Fue en este contexto cuando, en el 848, Guillermo de Septimania, hijo de Bernardo de Septimania, planeó una revuelta para vengar la muerte de su padre y obtener su herencia política. Con un éxito inicial fulminante se apoderó de Ampurias y Barcelona. Los rebeldes infestaban la Marca Hispánica que ardía en guerra civil y los condes Sunifredo y Suñer de Ampurias acudieron en defensa de los intereses reales encontrando la muerte en el campo de batalla. Dos años más tarde, la rebelión fue sofocada cuando Carlos II el Calvo apresó en Barcelona a Guillermo de Septimania y mandó ajusticiarlo como a su padre.

Frente a la situación de anarquía generalizada que vivían los condados francos de la Marca Hispánica, la dinastía Carolingia recompensó la fidelidad a ultranza que siempre habían mostrado los descendientes del ya mencionado conde Bellón en la figura de Wifredo el Velloso, hijo de Sunifredo. En junio del 870, durante la asamblea de Attigny, celebrada en el nordeste de la actual Francia, el rey Carlos II el Calvo nombró a Wifredo conde de Urgel y Cerdaña. Y, más adelante, en agosto del 878, el concilio celebrado en la ciudad francesa de Troyes

invistió a Wifredo conde de Barcelona, Gerona y Besalú.

Las investiduras de Attigny y Troyes parecían más la restitución de unos derechos familiares que la asignación de un cargo de representante de la autoridad carolingia. Wifredo había obtenido de los monarcas francos casi el mismo territorio que su padre había gobernado treinta años antes.

Tras la muerte de Carlos II el Calvo en el 877, Wifredo gobernó sus condados de forma totalmente autónoma. El Imperio carolingio entraba en una fase de inestabilidad política debido a que, por un lado, en once años se sucedieron tres emperadores, Luis II el Tartamudo (877-879), Carlomán (879-884) y Carlos III el Gordo (884-888); y, por otro, a los ataques de los piratas normandos que acechaban las costas del norte de Francia. De modo que, evidentemente, ese contexto favoreció la pasividad de la monarquía franca, más preocupada de solucionar sus problemas internos, en el control de los condados de la Marca Hispánica. Era el primer paso hacia la independencia política.

En una época no exenta de dificultades y contratiempos, Wifredo el Velloso promovió la fundación de monasterios como Santa María de Ripoll (880) y San Juan de las Abadesas (885), en la actual comarca del Ripollés, en el prepirineo catalán. También impulsó la repoblación de la Plana de Vic, convertida en tierra de nadie desde la rebelión del conde Aizón en el 826, con habitantes procedentes de las montañas de Urgel, Pallars y Cerdaña. Paralelamente,

reorganizó la administración eclesiástica en las tierras repobladas restableciendo el obispado de Vic con el obispo Gomar en el 887.

Estas acciones de repoblación y ampliación de la frontera no pasaron inadvertidas a los dirigentes musulmanes, por ello, el choque armado no podía hacerse esperar. Fue entonces cuando Llop ibn Muhammad, señor de la ciudad de Lérida, lanzó en el verano del 897 una virulenta ofensiva que llegó a las puertas de Barcelona. Las tropas del conde Wifredo salieron al encuentro del caudillo musulmán pero fueron destrozadas en la batalla de Valldora, en la actual comarca de El Solsonés. En el lugar del desdichado acontecimiento, Wifredo sucumbió de una lanzada mortal durante el combate, era el 11 de agosto de aquel funesto año. Su cuerpo yace sepultado en el monasterio de Santa María de Ripoll, panteón de los condes de Barcelona desde entonces.

Sin embargo, la muerte de Wifredo siempre ha estado rodeada de aspectos legendarios. El prestigio acumulado le atribuyó la creación de un estandarte con cuatro barras rojas sobre un fondo dorado, símbolo del actual escudo de Cataluña. Pero estos hechos son falsos y no tienen relación alguna con la actividad del conde Wifredo el Velloso. La fraudulenta leyenda la difundió el historiador y sacerdote de origen alemán Pere Antoni Beuter en 1551, y al parecer antes de esta fecha era totalmente desconocida. Tal y como veremos más adelante, el primer conde que utilizó el diseño de la actual

bandera catalana fue Ramón Berenguer IV a mediados del siglo XII.

Así reza un fragmento de la segunda parte de la *Crónica general de España* escrita por el citado Pere Antoni Beuter, en la cual desarrolla plenamente la falsa leyenda del origen de la bandera con cuatro barras asociada erróneamente al conde Wifredo el Velloso:

En este comedio, los normandos entraron por la tierra de Francia, y hubo de hazer gente el emperador Loís para resistirles. Y fue a servirle el conde con los cavalleros barceloneses que con él se hallaron. Y pelearon con los normandos valerosamente y vencieronlos. En esta batalla, según he hallado escrito en unos cuaderos de mano, diz que pidió el conde Iofre Valeroso al emperador Loís que le diese armas que pudiesse traer en el escudo, que llevaba dorado sin ninguna divisa. Y el emperador, viendo que havia sido en aquella batalla tan valeroso que, con muchas llagas que recibiera, hiziera maravillas en armas, llegóse a él, y mojóse la mano derecha de la sangre que le salía al conde, y passó los quatro dedos así ensangrentados encima del escudo dorado, de alto a baxo, haziendo quatro rayas de sangre, y dixo: «Estas serán vuestras armas, conde». Y de allí tomó las quatro rayas, o bandas, de sangre en el campo dorado, que son las armas de Cathaluña, que agora dezimos de Aragón.



La muerte de *Wifredo I el Velloso*, obra del pintor barcelonés Claudio Lorenzale Sugrañés en 1843. A pesar de ser una leyenda falsa, el origen de las cuatro barras en el escudo de Cataluña captó el interés de muchos artistas que



reprodujeron la historia a través de la pintura o la poesía. Entre los más destacados encontramos nombres tan ilustres del siglo XIX como el poeta Jacint Verdaguer, el escritor Joaquim Rubió i Ors o el pintor Pau Bejar.

Por desgracia, esta falsa identificación de la figura de Wifredo con el símbolo de las cuatro barras ha oscurecido la principal aportación del conde al devenir histórico de la futura Corona de Aragón: la transmisión hereditaria a sus hijos de los territorios que gobernó en la Marca Hispánica. Esta práctica era la muestra más clara de la debilidad del poder franco y de una progresiva ruptura de los vínculos personales con los descendientes de Carlomagno. Tras su muerte, da comienzo la dinastía nacional de los condes de Barcelona, un hecho trascendental para la futura vertebración de Cataluña.

A pesar de que es difícil distinguir realidad de leyenda en cuanto a su biografía se refiere, su papel como padre fundador de la dinastía de los condados catalanes empezó a forjarse en obras como la genealogía *Regum Navarrae et Aragoniae et comitum Barchinonae*, un manuscrito del siglo XIV encargado por el rey Juan I de Aragón. En ella se concede al conde Wifredo el título de *Pater Patriae* o ‘Padre de la Patria’; un honor antiguamente otorgado por el Senado romano y reservado a unos pocos elegidos. De esta forma, los reyes de la Corona de Aragón honraban la memoria del fundador de su dinastía nacional alimentando su mito.

Con el surgimiento de la *Renaixença*, el más significativo movimiento cultural catalán del siglo XIX, también se divulgó la idea de Wifredo el Velloso como artífice del nacimiento de Cataluña. El poeta y dramaturgo catalán Serafín Pitarra popularizó frases como: «Hijos de Wifredo el Velloso, esto quiere decir catalanes».

Lo cierto es que, a finales del siglo IX, la Marca Hispánica estaba gobernada por la dinastía de los condes de Barcelona y otras dos familias: por un lado, los condes de Ampurias-Rosellón, de origen franco, y por el otro las familias condales de Pallars y Ribagorza, de origen hispanogodo. La sucesión hereditaria de ambos linajes autóctonos supuso el triunfo sobre la aristocracia franca del norte y un distanciamiento definitivo de la autoridad imperial carolingia.

A finales del siglo IX, la palabra *Cataluña* todavía no figura en ningún documento y los habitantes de los territorios de la Marca Hispánica no sentían la necesidad de encontrar un gentilicio que expresara un sentimiento nacional colectivo. Pero la desaparición de grandes estructuras políticas como el Imperio romano, el reino visigodo o el Imperio carolingio favoreció la aparición de organizaciones más pequeñas como los condados que actuaban de forma totalmente autónoma.

Supremacía del condado de Barcelona y primera expansión

Tras la muerte de Wifredo el Velloso, la dignidad condal era un título de transmisión hereditaria y las nuevas dinastías de la Marca Hispánica se distribuyeron el poder como si de bienes privados se tratase. Wifredo II Borrell (897-911) sucedió al Velloso al frente de los condados de Barcelona, Gerona y Osona creando un núcleo central hegemónico de

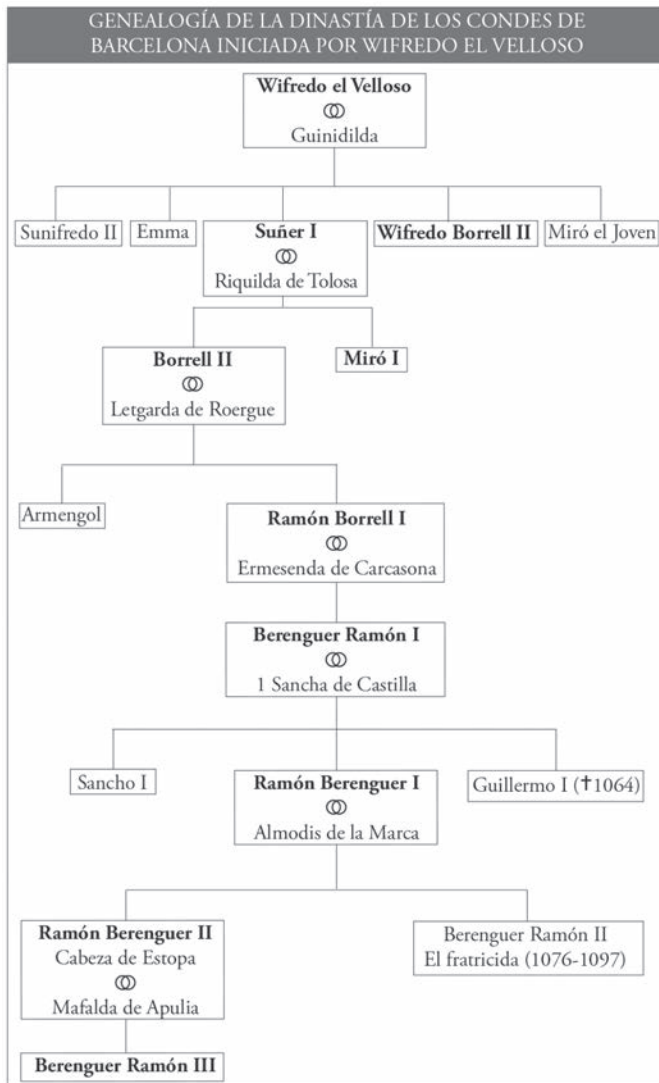
territorios alrededor del cual se fueron aglutinando el resto de condados de la Marca Hispánica.

El nuevo conde de Barcelona retomó temporalmente las relaciones con la monarquía franca tras la coronación, en enero del 898, de Carlos el Simple, hijo póstumo de Luis el Tartamudo, recuperando así la dinastía Carolingia tras la muerte del intruso Odón I. Esta aproximación, que no cuestionó el principio de herencia de la sucesión condal, se limitaba a no ser otra cosa que una adhesión de la nobleza a la autoridad del poder real, si bien en la práctica los condes de la Marca Hispánica continuaban actuando con plena libertad.

Fue entonces cuando, entre mayo y junio del 899, una expedición diplomática liderada por el conde Wifredo II Borrell visitó la corte real franca en Tours sur Marne, en el nordeste de Francia, con el principal cometido de renovar los antiguos pactos de vasallaje. A cambio de su fidelidad, el conde recibió la investidura de todas las tierras despobladas de las actuales comarcas de Osona y Manresa, en lo que es hoy la Cataluña central. De hecho, el conde ya ejercía su autoridad sobre estos territorios, pero ley en mano todavía pertenecían al rey y sólo este último podía otorgar un título en propiedad. Como veremos seguidamente, Wifredo II Borrell fue el último conde de Barcelona en reconocer la autoridad y el dominio del rey franco sobre sus territorios.

Wifredo II Borrell falleció el 26 de abril del 911 sin descendencia masculina y fue

Breve historia de la Corona de Aragón



enterrado en el monasterio benedictino de San Pablo del Campo, situado en lo que es hoy el barrio del Raval de Barcelona. Le sucedió su hermano Suñer I (911-947), que lidiaría con el califato de Córdoba para ampliar sus fronteras más al sur del río Llobregat, por la comarca del Penedés, llegando hasta el castillo de Olérdola.

Pero estas constantes incursiones sobre la frontera hallaron una sangrienta respuesta en julio del 935, cuando una flota musulmana de unas cuarenta naves cargadas de nafta y sofisticados artilugios bélicos atacó los puertos de Pals y Ampurias asesinando a quien hallaban en su camino. Seguidamente, la feroz escuadra naval dirigió sus miras hacia la ciudad de Barcelona, donde derrotó a la guarnición que la defendía. Según el historiador musulmán del siglo XI Ibn Hayyan, un año después el conde de Barcelona Suñer respondió a la brutal agresión organizando un gran ejército que partió en dirección al campo de Tarragona. Las tropas musulmanas, nuevamente, salieron a su encuentro y el 23 de agosto del 936 infligieron una grave derrota a las huestes cristianas, enviando a Córdoba mil trescientas cabezas como trofeo.

La presión musulmana en las tierras de frontera volvió a ser acuciante a partir del 939. Ibn-Hayyan documentó embajadas del obispo Gomar de Gerona a Córdoba para pactar las condiciones de paz con el califa Abderramán III en el 940. Estos tratados pronto quedaron en papel mojado porque la nobleza fronteriza actuaba por cuenta propia en los confines con los musulmanes.

A los salvajes ataques islamitas sobre la Marca Hispánica hubo que añadir la terrible devastación ocasionada por una incursión de miles de guerreros húngaros en junio del 942. Este lejano pueblo procedente de la cuenca de los Cárpatos, en la Europa oriental, cruzó los Pirineos procedente del norte de Italia en busca de botín. Sus huestes formadas por veloces jinetes eran capaces de disparar flechas a doscientos metros de distancia causando el pánico y la confusión entre el ejército enemigo, normalmente más acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo.

Tras entrar por el Vallespir, la temible mesnada húngara destruyó los monasterios de Banyoles, Santa Coloma de Farners y San Pedro de las Puellas, avanzando por el Bages y el Solsonés hacia las fértiles tierras de Lérida. Ante la imposibilidad de apoderarse de la ciudad musulmana de Lérida retrocedieron por los condados de Urgel y Cerdaña en dirección a los Pirineos, llevándose consigo un sustancioso botín. Superada la sorpresa inicial, los condes de la Marca Hispánica reclutaron un poderoso ejército que derrotó a los jinetes húngaros en la batalla de Baltarga, en agosto del 942. En la contienda falleció el conde Armengol, hijo primogénito del conde de Barcelona Suñer I.

No es, pues, de extrañar que el trágico suceso afectara profundamente al conde Suñer I que, en el 947, tomó el hábito monacal en la abadía benedictina de Lagrasse, a las orillas del río Orbieu en Carcasona, y cedió sus dominios a sus hijos Borrell y Miró, que debían gobernar

conjuntamente. El correinado de ambos duró hasta el fallecimiento de Miró I en el 966, quedando Borrell II como único representante al frente de los condados.

Entre las prioridades de Borrell II se encontraba la de mantener unas relaciones amistosas con el papado y con el califa de Córdoba. Por ello, envió hasta cuatro embajadas (en los años 950, 966, 971 y 974, respectivamente) a las cortes de Abd al-Rahman III y Al-Hakam II para ratificar los acuerdos de paz del 940 a cambio de la obediencia y fidelidad al califa. Esta buena sintonía se rompió con la entronización de Hisham I (976-1009) y el ascenso político de la figura de Almanzor, el caudillo musulmán que se propuso recuperar el esplendor militar inicial de al-Ándalus.

A pesar de los esfuerzos diplomáticos del conde de Barcelona, los condados de la Marca Hispánica no se libraron de las razias de Almanzor. El 5 de mayo del 985 un ejército partió de Córdoba cruzando el litoral mediterráneo en dirección al campo de Tarragona. Almanzor avanzó a sangre y fuego hacia Barcelona por las actuales comarcas catalanas del Penedés, Llobregat y Vallés, mientras el conde Borrell II organizaba a la desesperada la defensa de sus territorios. Monasterios de los alrededores de Barcelona como San Cucufate, San Pablo del Campo o San Pedro de las Puellas fueron destruidos y sus comunidades asesinadas.

Acto seguido, los aterrados habitantes de las cercanías de Barcelona se encerraron tras las murallas de la ciudad condal, que fue asediada

el primero de julio. La resistencia duró poco, el lunes 6 de julio Almanzor arrasó Barcelona llevándose consigo un cuantioso botín y un elevado número de cautivos que más adelante serían vendidos como esclavos o rescatados a cambio de importantes sumas de dinero. El conde Borrell II había sufrido una derrota difícil de olvidar, y las crónicas bautizaron este triste suceso como «el día que Barcelona murió». Quedaba así demostrado que la posición procordobesa mantenida por el conde había fracasado.

A primeros de enero del 992, sólo seis años y medio después del trágico suceso, un cartulario del monasterio barcelonés de San Pedro de Puellas narra los hechos con estas palabras:

El año del señor 986, en el trigésimo segundo aniversario del rey Lotario, rey de los francos, [los musulmanes] vinieron a Barcelona, devastaron toda la tierra, conquistaron Barcelona, la despoblaron y la sometieron a un magno incendio, en el que todo fue consumido. Y se perdieron muchos instrumentos, tanto cartas como diversos volúmenes, parte consumidos por el fuego y parte fueron llevados por los musulmanes a su tierra. Y entre tales documentos se perdieron cartas de munificencia, donaciones, concesiones, dotaciones, conmutaciones, compras y libros confeccionados con las notaciones de los preceptos reales y privilegios ordenados y corroborados del monasterio del

santísimo apóstol Pedro de las Puellas, [...] la abadesa y todas las siervas de Dios allí residentes haciendo servicio divino murieron todas en dicha destrucción.

Efectivamente, la traumática experiencia obligó al conde Borrell II a intentar retomar las relaciones con los francos. Ofreció al rey Lotario la renovación del juramento de fidelidad a cambio de auxilio militar que garantizase la protección del país frente a nuevos ataques musulmanes. Pero la petición de ayuda coincidió con una grave crisis de la dinastía Carolingia, Lotario murió en el 986 y su sucesor Luis el Joven también falleció prematuramente en el 987. La nueva dinastía de los Capetos tuvo que defender la corona franca de insurrecciones internas y tampoco atendió las peticiones de auxilio del conde barcelonés.

Dado que nadie respondió a la demanda de auxilio del conde Borrell II, no es de extrañar que cuando en el 987 el rey Hugo I Capeto exigió renovar los vínculos políticos con la corona franca la respuesta fuera un mutismo total, de tal manera que ese fue el último contacto exigiendo la subordinación de los condes de la Marca Hispánica a los monarcas francos. Era la independencia *de facto* de la dinastía condal de Barcelona, no reconocida jurídicamente hasta la firma del Tratado de Corbeil siglos después, ya en 1258, tal y como veremos en el cuarto capítulo.

Por lo que respecta a las relaciones con la Santa Sede, la intención de Borrell II era crear

un nuevo arzobispado en Vic que agrupara los obispados de la Marca Hispánica mientras Tarragona estuviera en manos musulmanas. Si el conde de Barcelona conseguía su propósito, sometería a su control las autoridades eclesíásticas de la Marca y, a su vez, rompería los lazos con el arzobispado de Narbona, bajo influencia franca. Parece ser que el papa Juan XIII acogió favorablemente las propuestas que le expusieron el obispo de Vic Atón, el monje Gerberto de Aurillac y el propio Borrell II en su viaje a Roma el 970. Pero el asesinato del obispo Atón un año después frustró una tentativa que mostraba la clara voluntad de afirmación política y religiosa del conde barcelonés.

Tras la muerte de Borrell II en el 992, el testamento dividió los condados entre sus dos hijos varones. El núcleo central de Barcelona, Gerona y Osona fue a parar al primogénito Ramón Borrell I (992-1018) y el condado de Urgel al hijo menor Armengol (992-1010). Las heridas de la razia de Almanzor estaban muy recientes y el país se reconstruía lentamente. Pero en el verano del 1003 un nuevo ataque musulmán, esta vez liderado por el hijo de Almanzor, Abd al-Malik al-Muzaffar, devastó varios castillos del Penedés y destruyó la ciudad de Manresa, haciendo inútil la tarea restauradora de los últimos años.

Sin embargo, el proceso de descomposición del califato de Córdoba tras la muerte de Abd al-Malik fue aprovechado por los condes de Barcelona y Urgel para organizar una expedición militar apoyando al sedicioso caudillo

musulmán Muhammad al-Mahdi. Una fuerza conjunta de treinta y nueve mil soldados saqueó Córdoba en 1010, pero la victoria tuvo un precio muy alto, en la contienda fallecieron personajes notables como el conde Armengol o los obispos Aecio de Barcelona, Odón de Gerona y Arnulfo de Vic.

A todas estas gestas militares siguió una intensa actividad repobladora que ensanchó los límites del condado por el Bages y la Segarra, en el interior de la actual Cataluña. Espoleado por la buena coyuntura, en 1016, Ramón Borrell I lideró una nueva expedición contra los musulmanes llegando hasta los ríos Segre y Ebro. Pero la muerte le sobrevino repentinamente el 25 de febrero de 1018 a la edad de 46 años.

Muerto Ramón Borrell I, le sucedió su hijo Berenguer Ramón I con tan solo doce años. Por ello, el testamento estableció que su madre, la condesa Ermesenda de Carcasona, asumiría el gobierno del condado de Barcelona durante la minoría de edad. A lo largo de este período, la condesa se mostró enérgica e inteligente rodeándose de sabios consejeros como su hermano Pedro o el famoso Oliva, abad del antes mencionado monasterio de Santa María de Ripoll y obispo de Vic.

Contrariamente al carácter de su madre, Berenguer Ramón I, apodado el Curvo probablemente por un defecto físico o enfermedad degenerativa, resultó ser un hombre de poco carácter, amante de la paz y la justicia. En este período la frontera no avanzó demasiado, pero la estabilidad favoreció un incremento de la población

y el impulso del comercio interior alrededor de las plazas donde había mercados. Fue en este contexto cuando surgió una institución tan importante como la Paz y la Tregua de Dios, de la que hablaremos con más detenimiento en el apartado del proceso de feudalización.

No obstante, el 15 de mayo de 1035, Berenguer Ramón I falleció a temprana edad sin apenas haber cumplido los treinta años. Su testamento fue un buen ejemplo de división patrimonial, esta vez entre los hijos de sus dos matrimonios. Pero la, en estos momentos, ya sexagenaria condesa Ermesenda de Carcasona no estaba dispuesta a fragmentar la herencia familiar y conservó bajo su poder el condominio de todos los condados, desempeñando de nuevo con autoridad la dirección del condado de Barcelona, esta vez, ante la minoría de edad de su nieto, el futuro Ramón Berenguer I el Viejo (1035-1076).

Mientras tanto, las fronteras con al-Ándalus quedaron estabilizadas con el pago de las parias, los impuestos que pagaban los reyes musulmanes de los reinos de taifas para no ser atacados por los reyes cristianos. Ramón Berenguer I el Viejo se unió a los gobernantes cristianos peninsulares que prefirieron el oro musulmán a conquistar nuevos territorios. Parte de los tributos cobrados a las taifas de Lérida, Tortosa y Zaragoza fueron invertidos en la compra de los condados de Carcasona y Rasez, entre 1067 y 1070, afianzando la proyección de la dinastía condal barcelonesa en la zona del Languedoc, en el sureste de la actual Francia.



El castillo de la Suda, una impresionante fortaleza musulmana que dominaba el río Ebro y la fronteriza ciudad de Turtuxa, actual Tortosa, era uno de los núcleos urbanos más importantes de la Marca Superior de al-Ándalus. Las parias castigaron duramente



la ciudad en el siglo XI, tal y como describe el cronista Ibn Hayyan: «La gente de Tortosa, situada en el extremo del territorio del islam, se quejó del peso de sus tributos, por la situación de inferioridad frente a un enemigo fuertemente armado [...]».

Pero, algunos nobles del Penedés, aglutinados alrededor del sedicioso señor feudal Mir Geribert, autoproclamado príncipe de Olérdola, no aceptaron la política tributaria y pacifista del conde de Barcelona con los musulmanes. Consideraban que esta actitud era ruïnosa para la nobleza, que, sin conquistas, se veía privada de la fuente de riqueza que les aportaba el botín y el saqueo. Aun así, Ramón Berenguer I acabó consolidando su primacía sobre el resto de familias nobiliarias de la Marca Hispánica con la firma de pactos de vasallaje con los condados de Besalú (1057), Urgel (1063) o Ampurias (1067). Este reconocimiento también se pudo ver en el gran acto de consagración de la catedral de Barcelona en el 1058 durante el cual todos los asistentes aceptaron su soberanía.

Tras este período de paz el testamento de Ramón Berenguer I, consciente de la importancia de conservar indiviso su patrimonio, resolvió dejar los condados a sus dos hijos gemelos Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa (1076-1082) y Berenguer Ramón II el Fratricida (1076-1097), que debían gobernar por tanto conjuntamente. Pero ambos hermanos mantuvieron una nefasta relación hasta que el infortunio se cebó, implacablemente, sobre Cabeza de Estopa, que sufrió un misterioso accidente de caza el 5 de diciembre de 1082. Según la leyenda, el cadáver fue encontrado por un campesino al escuchar los lamentos del halcón del conde, que posaba sobre una rama de la poza donde yacían sus restos. Como en tantas ocasiones, no se hallaron pruebas definitivas

de quién ordenó el presunto magnicidio, pero todas las sospechas apuntaron a su hermano Berenguer Ramón II que fue conocido por los cronistas con el antes mencionado apodo de el Fratricida.

A partir de entonces, se abrió un período convulso en el que los condados de Carcasona y Rasez, que tanto dinero habían costado, fueron ocupados por el vizconde de Beziers, Bernat Ató, alegando falsos derechos hereditarios, en 1085. A su vez, la nobleza local obligó a Berenguer Ramón II el Fratricida a ejercer de tutor de su sobrino, el futuro Ramón Berenguer III, hasta que llegara a la mayoría de edad y estuviera preparado para gobernar en su lugar. Para ello exigieron al conde que permaneciera soltero.

Consciente de su mala fama, Berenguer Ramón II el Fratricida dedicó todo su tiempo a luchar contra los musulmanes. Los juegos de alianzas con los reyezuelos de las taifas vecinas de Lérida y Zaragoza le llevaron a enfrentarse varias veces con las huestes de Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid, desterrado por el rey castellano. La decisiva batalla de Tévar en 1090 fue la derrota más sonada del conde de Barcelona, que fue capturado, junto con muchos de sus caballeros, por El Cid, lo que motivó el pago de cuantiosos rescates.

En los últimos años de su gobierno, el Fratricida tuvo que someterse a un juicio en la corte castellana del rey Alfonso VI por la muerte de su hermano. Al ser declarado culpable, huyó a Tierra Santa, donde según la *Gesta comitum*, una crónica del siglo XII escrita por los monjes